

Mineros y clandestinidad socialista en Asturias

MANUELA AROCA MOHEDANO
Doctora en Historia Contemporánea
Fundación Francisco Largo Caballero

Mminers and clandestine socialism in Asturias

RESUMEN

En los movimientos antifranquistas de la década de los cincuenta tuvo un especial protagonismo la organización socialista asturiana que, a lo largo de esa década, logró la transformación de un pequeño conglomerado de resistencia y de supervivencia en una fuerza capaz de aglutinar las bases sociales de la minería para lanzar el desafío político implícito en la oleada de protestas y reivindicaciones que culminaron en la gran huelga de 1962. Este artículo pretende analizar las circunstancias que confluyeron en la formulación de una estrategia socialista que, junto a la de otras fuerzas políticas, consiguió articular el más serio envite político y social planteado hasta ese momento al régimen de Franco.

PALABRAS CLAVE:

Franquismo, Sindicatos, SOMA - UGT, PSOE, Asturias, Huelgas

ABSTRACT

Socialist organization in Asturias played a leading role in the fifties' movements against Franco. In that period, this small nucleus of resistance became an organization, which was able to unite miners to take part, together with other political forces, in protests and revolts that ended in the 1962's great strike. This communication is aimed at analyzing the circumstances that made possible to create a new socialist strategy capable of generating a real political challenge against Franco's regime.

KEY WORDS

Francoism, Strikes, Asturias, Spanish Socialists, Trade Unions

El presente estudio se basa, como fuente principal, en los testimonios recogidos en el proyecto de investigación *Historia oral del sindicalismo socialista*, organizado y dirigido por la Fundación Francisco Largo Caballero y financiado por el Ministerio de la Presidencia. En él se ha entrevistado a una serie de protagonistas políticos y sindicales, entre los que se incluyen dirigentes de importante trayectoria posterior y militantes de base que contribuyeron a conformar un modo de actuación específico para el territorio asturiano.

La década de los cincuenta supone un hito en la historia del socialismo asturiano. Circunstancias especiales confluyeron en la situación política asturiana. En primer lugar, la importante tradición izquierdista. Para el régimen, era impensable olvidar las graves afrentas que la izquierda asturiana había planteado al «nacionalcatolicismo». La revolución de 1934 era en el ideario conservador el pistoletazo de salida para la gran ofensiva revolucionaria. Sobre los asturianos, que persistían en su tradición izquierdista y en su terco espíritu de lucha, recaían las manifestaciones más duras de la represión franquista, lo cual impedía la reorganización en profundidad de las estructuras de la clandestinidad. Sistemáticamente, las ejecutivas de la organización político-sindical ligada al PSOE caían una tras otra en las cruentas redadas que «limpiaban» los valles y los pueblos asturianos de elementos subversivos.

En segundo lugar, otro condicionante fue el resultado de la Guerra Civil en Asturias. El territorio asturiano, a pesar de haber caído en una fecha temprana en poder del ejército de Franco, protagonizó la resistencia guerrillera más prolongada de la Península. Hasta 1948 no fueron evacuados los últimos restos del ejército republicano huidos a las montañas asturianas, tras los fracasados intentos de evacuación. Y aun así, algunos grupúsculos de filiación comunista se negaron a ser evacuados y mantuvieron los restos de su actividad guerrillera. Año tras año, los guerrilleros dispersos por los montes asturianos, en estrecho contacto con los habitantes del llano, obsesionaban a las fuerzas de represión franquista. Aunque su actuación respondía a las necesidades de supervivencia de un grupo cercado, desabastecido y abandonado, su existencia suponía una amenaza —en la práctica inexistente— en el planteamiento político del franquismo. La prioridad de su erradicación condicionó las relaciones de las fuerzas policiales con los habitantes del llano, contribuyendo a la radicalización de la represión en todo el territorio.

Pero en la especificidad de las manifestaciones antifranquistas de la década de los cincuenta, el condicionante con mayor peso es, sin lugar a dudas, la existencia de una enorme masa de trabajadores de la minería. La mina se convirtió en Asturias en el aglutinante de la lucha sindical y política. Las durísimas condiciones en las que se desarrollaba el trabajo de los mineros, su acendrada tradición sindical y las ansias productivas de carbón del gobierno de Franco, que le llevaron a redoblar la presión sobre la clase trabajadora, se convirtieron en la mezcla que terminó explotando en los últimos años de la década de los cincuenta.

LOS PRIMEROS CONATOS DE REORGANIZACIÓN

Finalizada la Guerra Civil, el Partido Socialista Obrero Español y el SOMA (Sindicato Obrero Minero Asturiano de UGT) habían quedado completamente desarticulados. Concentrados en una única organización que se afanaba en su subsistencia, los dirigentes socialistas se enfrentaban a un movimiento clandestino destruido. Durante casi una década, los cuadros de dirección de la organización se trasladaron al monte, donde se habían refugiado los elementos más comprometidos.

En torno a 1942, una serie de hechos aceleraron la cristalización de un movimiento auténticamente clandestino en el llano asturiano. Uno de ellos fue la salida de prisión de varios socialistas históricos, entre ellos uno de los dirigentes de mayor peso político en la década de los cuarenta: José Fernández Graciano, conocido como Pepe Llagos. Otra de las circunstancias fue la reactivación del movimiento clandestino en las colonias de redención de penas por el trabajo en las minas.

No todas las empresas aceptaron el ofrecimiento del gobierno de emplear presos en ellas para acelerar la ansiada producción de carbón. Lo hicieron la Duro Felguera y Carbones Asturianos¹. Miles de presos políticos asturianos acudieron a las colonias de redención de penas para rebajar sus condenas mediante el trabajo en la mina. Los trabajadores iban escoltados hasta la mina y después volvían a los centros de reclusión². La Duro Felguera tuvo su primera remesa de reclusos en las inmediaciones del pozo San Mamés y, más tarde, en el pozo Fondón donde acudieron los primeros presos en enero de 1940. Poco tiempo después se instalaron destacamentos penales en el pozo Samuña, de Carbones Asturianos³. En la colonia de El Fondón coincidieron redimiendo penas dos de los grandes dirigentes socialistas que condujeron las riendas de la organización a finales de la década de los cuarenta: Alfredo García y Vicente Fernández Iglesias. Partiendo de El Fondón y utilizando todos los medios a su alcance, los presos establecieron una red de contactos con los simpatizantes del llano y los dirigentes del monte, que sería el germen de la reconstitución del Partido Socialista. Vicente Fernández Iglesias utilizó a su cuñado, Marino Ordiz Fernández, como correo entre los trabajadores de las colonias:

«Entre El Fondón, La Nueva y Sotrondio se empezó a reconstruir el partido. Mi cuñado estaba allí. Un buen día me dijo que hacía falta llevar una nota a La Nueva a las colonias, que si me atrevía a llevarla. Le dije que sí y me pidió que no la leyera. Me dieron aquella nota en la clandestinidad. En la colonia del Fondón tenía que preguntar por Gerardo. [...] Después de allí, si él me daba otra, tenía que ir a la de Villar, a Sotrondio y allí entregar a Emilio el Chincho»⁴.

¹ Entrevista con Avelino Pérez Fernández, Los Alcázares, 19 de mayo de 2007.

² Entrevista con Marcelo García Suárez, Gijón, Asturias, 29 de abril de 2007.

³ GARCÍA PIÑEIRO, R: *Los mineros asturianos bajo el franquismo (1937-1962)*, Madrid, Fundación Primero de Mayo, 1990, p.69.

⁴ Entrevista con Marino Orviz Fernández, Gijón, Asturias, 28 de abril de 2007.

Una simple alambrada aislaba a los presos y aunque era bastante infrecuente encontrar sin vigilancia a los trabajadores, no resultaba especialmente complicado entrar en contacto con ellos. «Para facilitar dichas relaciones se organizaban partidos de fútbol entre un equipo de la colonia y otro del exterior, en el que formaban parte algún que otro compañero de los de la libertad vigilada»⁵. Varios socialistas llegaron a hacer incluso una colecta en el Fondón para financiar el viaje a Madrid de un compañero que procurase el contacto entre Madrid y el foco socialista asturiano.

A la altura de 1942, se habían generado las bases para la reconstrucción de un organismo socialista en la clandestinidad que aunaba una voluntad de protección sindical (SOMA) y una cierta estrategia política (PSOE). Durante la mayor parte del tiempo de la clandestinidad, y especialmente en aquellos primeros tiempos, las funciones políticas y sindicales se confundían. Primaba, sin duda, la labor de protección frente a la represión que se cernía sobre ellos. Las ayudas a los presos y a sus familias, la financiación de viajes y visitas de sus esposas, las salidas al exilio de compañeros acosados y otros gastos de protección se consideraban prioritarios sobre los gastos de propaganda o subsistencia de la actividad política. Con ese marco de actuación, surgieron diversos comités, con centro en las cuencas mineras, de los que era previsible que llegara a surgir una ejecutiva asturiana.

Hasta 1948, por problemas derivados de la enorme represión en los pueblos y la consiguiente detención de los elementos más destacados del llano, los dirigentes socialistas se concentraron en el llamado «Comité de Monte», formado por los líderes fugados a las montañas y dirigido por José Mata. Pero en ese año, en 1948, una serie de circunstancias interiores unidas al fin de las esperanzas en el terreno internacional hicieron inviable la continuidad de los fugados en el monte. La ejecutiva socialista del exilio en Toulouse organizó la salida que se produjo satisfactoriamente. Los habitantes del llano, los mineros más comprometidos políticamente, tuvieron que hacerse cargo de la dirección del movimiento clandestino.

LA ORGANIZACIÓN SOCIALISTA A COMIENZOS DE LOS CINCUENTA

A comienzos de la década de los 50 se produjo la desaparición de la última de las agrupaciones guerrilleras del monte. Evacuados los socialistas, los comunistas habían mantenido algunos reductos con la pretensión de posibilitar la infiltración en las cuencas mineras. Uno de los últimos grupos supervivientes en la órbita del comunismo era la Agrupación Guerrillera de San Martín. Por entonces, los comunistas ya atisbaban la posibilidad de penetración en los sindicatos verticales como plataforma para reconvertir su estrategia. Pero los grupos, que se habían convertido en meras asociaciones de autodefensa, no parecían tener opciones en el nuevo

⁵ Memorias inéditas de Pepe Llagos.

camino que la vía política les ofrecía. La Agrupación Guerrillera de San Martín había sido, en realidad, una concentración de mineros maltratados, hijos de republicanos y represaliados que tomaron el camino del monte. Sin ninguna consigna política, su actitud se basaba en el empeño por la supervivencia, a pesar de los intentos de control que efectuaba sobre ellos el Partido Comunista. Mandaba la partida Ignacio Fernández, el Rasiao, un joven atormentado por sus circunstancias personales. Había asistido al asesinato de su madre a palos cuando contaba con trece años de edad, después de una persecución hasta el límite. Unos años después, el Rasiao mató al falangista asesino de su madre y a toda su familia. Fugado al monte, aglutinó a otros descontentos y perseguidos como Mario el Gitano, Andrés el Gitano, Fernando el Alcalde, Ramón González y Serafín Carrión. Fundaron la Agrupación Guerrillera que era abastecida por habitantes del llano, como Marcelo García Suárez. Pero en la conciencia de los muchachos que se ocupaban de la subsistencia y tenían raíces históricas y familiares en la clandestinidad, aquéllos no eran más que un grupo de locos maltratados a los que temían:

«Empezaron a llamarse ellos mismos Guerrilleros de la República. Pero sólo era una forma de subsistencia. El Rasiao se dedicó a matar falangistas. Tenía el odio en la cabeza. Estaba aventado. [...] Tenía como misión matar falangistas. Decía que no se podía dejar ni uno vivo. Nosotros teníamos miedo y les suministrábamos. Se llamaban Guerrilleros de la República»⁶.

A comienzos de la década de los cincuenta, se produjo la caída definitiva de este último reducto. En 1951, la Guardia Civil copó a los guerrilleros y mató a todos los que no habían marchado al exilio, entre ellos a Ignacio Fernández el Rasiao. Un año más tarde fallecía a manos de la Guardia Civil el último superviviente, Ramón González. La consigna oficial del Comité Central del Partido Comunista podía ahora cumplirse tras el desmantelamiento del último reducto resistente de las montañas asturianas que no había podido ser disuadido para abandonar el monte y asumir tareas políticas

Aniquilados todos los focos de protesta guerrillera, las organizaciones políticas emprendieron nuevas estrategias de lucha. En 1948, tres militantes históricos habían tomado el relevo de la ejecutiva socialista del monte: Daniel Iglesias, Alfredo García y Pepe Llagos. A partir de entonces la Comisión Socialista Asturiana del exilio empezó a regularizar el apoyo económico al comité asturiano. Pero la represión franquista volvió a desarticular la resurgida organización con el intento de detención y posterior fuga de Alfredo García y la salida al exilio de Daniel Iglesias.

Las responsabilidades de la organización recaían sobre militantes como Pepe Llagos, Cecilio Pérez Castaño, Vicente Fernández Iglesias y Rufino Montes, entre otros. Vicente Fernández Iglesias sería uno de los líderes más valorados dentro del movimiento socialista. Su reconocido liderazgo sirvió como aglutinante en aquella

⁶ Entrevista a Marcelo García Suárez, Gijón, 29 de abril de 2007.

dura década en la que se fraguó la resistencia organizada en los ámbitos mineros. Había participado en la Guerra Civil donde resultó gravemente herido e incapacitado. Condenado a muerte, en primera instancia, recibió una conmutación de pena por veinte años de reclusión que comenzó a cumplir en el penal de Astorga. Fue uno de los miles de mineros que se acogieron a la redención de penas por el trabajo y quedó encuadrado en la colonia militarizada de El Fondón, donde hizo una gran aportación a la reconstrucción de las estructuras socialistas. Tras un último trabajo de redención en las minas leridanas, Vicente Fernández Iglesias volvió indultado en 1946 a Asturias dispuesto a recuperar su papel en la organización de la lucha política y especialmente en la reactivación del Sindicato Minero⁷.

Parece probado que en 1951 existían bases socialistas en prácticamente todo el territorio asturiano, con centro en la cuenca del Nalón. En 1952 un hombre del socialismo histórico, Rufino Montes ocupa puestos de dirección en la Federación Socialista Asturiana (FSA). Había comenzado sus contactos con la izquierda en la revolución de 1934, como miembro de las Juventudes Socialistas, y había sido uno de los enlaces de José Mata, el dirigente de la guerrilla socialista en el monte, con los militantes del llano⁸. Su papel hasta los últimos años de la década de los cincuenta fue fundamental.

En 1953 el avance de la organización había sido de tal magnitud que posibilitó la realización de un congreso provincial de la FSA. En mayo de 1954 se celebró una asamblea plenaria a la que acudieron catorce delegados en representación de pueblos de la provincia. El auge de la extensión de la organización socialista en la década de los cincuenta se produjo, a pesar de las constantes redadas y detenciones que menguaban su capacidad, con centro en las cuencas mineras. En ellas se reactivó la actuación socialista, con una fuerte tendencia sindical y con un contacto progresivo con la vecina organización del País Vasco.

LAS CONDICIONES LABORALES Y LA REPRESIÓN EN LAS CUENCAS MINERAS

Uno de los objetivos del régimen franquista durante las décadas de autarquía fue el aumento masivo de la producción de carbón en España, de manera que el intervencionismo estatal en la extracción de carbón se convirtió en la variable fundamental a la hora de regular las relaciones laborales de los mineros en Asturias. Conscientes de la dureza del trabajo que debían desempeñar, las autoridades autorizaron compensaciones de toda índole que, sin embargo, no consiguieron aliviar la enorme presión laboral que sufrían los obreros de las minas. Esencialmente marcado por su peligrosidad, el trabajo de la minería presentaba dos gran-

⁷ Entrevista a Belarmina Fernández Ordiz, Oviedo, 27 de abril de 2007.

⁸ SACALUGA, J. A.: *La resistencia socialista en Asturias (1937-1962)*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias-Fundación Francisco Largo Caballero, 1986, pp. 98-99.

des escollos: los accidentes laborales, con un enorme porcentaje de muertos en el tajo; y la casi ineludible silicosis, que provocaba una considerable cantidad de fallecidos e incapacitados. La unión de los trabajadores frente a las nefastas condiciones de seguridad en el trabajo fue uno de los aglutinantes más importantes y, en numerosas ocasiones, se convirtió en la espontánea chispa que hizo saltar la combatividad minera, provocando encierros y protestas⁹. Los entierros de los mineros fallecidos en accidente eran ocasiones propicias en las que se manifestaba la insubordinación a las autoridades. Por ello, era muy frecuente encontrar la rápida respuesta de la Guardia Civil que vigilaba de cerca las ceremonias. En más de una ocasión, éstas se convertían en escenario para las trifulcas callejeras y la represión policial.

Los mineros tenían algunas ventajas que pretendían estimular el reclutamiento de obreros para la producción de carbón. Entre ellas, se encontraba la sustitución del servicio militar por el trabajo en las minas, con la contrapartida de convertirse en obreros militarizados de los que el Estado podía disponer, si su actuación no se ajustaba a lo que se esperaba de ellos¹⁰. Mayores cantidades en el racionamiento diario de productos básicos como el pan, barracones en los que se daba alojamiento a los obreros que venían de otras regiones y a los solteros que no poseían vivienda y, mejores sueldos que la media nacional eran algunos de los estímulos con los que el Gobierno pretendía paliar las extremas condiciones laborales. Sin embargo, los salarios más elevados eran, en casi todos los casos, una quimera. La mayoría de los mineros completaban su subsistencia con el trabajo en sus propios huertos y con la cría de ganado. Sobrevivir con el sueldo de minero, aun teniendo la categoría de picador era realmente difícil. Así lo hace patente Marcelo García Suárez, uno de los mineros fuertemente comprometidos con la organización socialista:

«Yo cobraba en total menos de 15 pesetas. El barracón me costaba siete pesetas, la mitad de lo que ganaba. Me daban un chorizo malo, terronero, para llevar a la mina de bocadillo, un café aguado por la mañana y arroz al mediodía. Una bazofia. Teníamos un plato como en la mili. La cena era igual. Yo tenía que comprar algo con las siete pesetas que me quedaban. El pan estaba racionado: a la población no minera le correspondía la tasa de 300 gramos y al minero 450 gramos. El bollo que me daban a mí por la mañana era tan apretado, tan duro y tan malo —no sé de qué estaba hecho— que los 450 gramos eran una cosa muy pequeña. Lo comía por la mañana y a mediodía no tenía pan. Algún día tenía que comprar pan de

⁹ Francisco Rocés Fernández recuerda la reacción de los mineros, encabezada por él mismo, ante una emergencia surgida por grisú en el pozo donde trabajaba. Los mineros se negaron a trabajar, en el año 1952, hasta que no se solucionara el problema, a pesar de que la empresa consideraba, ignorando el riesgo, que debían continuar su trabajo con la galería invadida por el temido grisú. Entrevista a Francisco Rocés, El Entrego, 3 de junio de 2007.

¹⁰ José Luis Fernández Rocés se acogió a esa modalidad y, para evitar el servicio militar, entró a trabajar en la mina, perdiendo salario respecto a su actividad anterior como albañil, en una fecha tan avanzada como 1960. Por ese mismo motivo, cuando fue detenido por difundir propaganda ilegal estuvo a punto de ser enviado a un penal militar en Mahón. Entrevista a José Luis Fernández Rocés, Pola de Siero, 2 de junio de 2007.

estraperlo. Los 450 gramos me costaban siete pesetas. Era un pan bueno. Lo comía una vez a la semana.

[...] Era una miseria y entonces me enteré de que lo que ganaba no me daba para comer»¹¹.

La duración de las jornadas laborales se mantuvo nominalmente en el horario alcanzado por las conquistas laborales anteriores a la guerra, que situaban el límite del tiempo de trabajo en el interior de la mina en siete horas. Pero el régimen instituyó los mecanismos legales para conseguir que se hicieran jornadas de diez y doce horas diarias. En 1938 se había aumentado a ocho horas la jornada ordinaria de trabajo, con un recargo del 30 por ciento del salario, denominando a esta hora suplementaria «Prestación Personal a Favor del Estado». En 1944, la Dirección General de Minas y Combustibles, con autorización del director general de Trabajo autorizaba, con carácter eventual, la jornada de nueve horas tanto en el interior como en el exterior. Y a este aumento progresivo de la jornada se sumó, en la práctica, la realización de innumerables horas extraordinarias impuestas obligatoriamente por la empresa, de manera que era relativamente frecuente que algunos obreros superaran las cien horas extraordinarias al mes. Para aumentar la productividad, una Orden del Ministerio de Trabajo de 7 de junio de 1940 había autorizado a las explotaciones mineras el trabajo durante el domingo, si lo requerían las necesidades productivas¹². Estas condiciones laborales han sido ratificadas por todos los mineros entrevistados. Francisco Rocés Fernández resume así la situación:

«Las condiciones de vida eran muy malas. Había que tragar mucho, había que trabajar muchas horas. Se ganaba poco. La jornada era de siete horas, pero en aquella época se trabajaban ocho horas y hasta nueve, se trabajaba hasta domingos. Era una esclavitud. Había unas injusticias tremendas. Enseguida se enfermaba, metían a los trabajadores en sitios que no estaban en condiciones, ni ventilados. La mina necesita mucha ventilación y por ahí, por la falta de ventilación, venía la silicosis»¹³.

A las durísimas condiciones laborales que el Estado impuso en su empeño de conseguir la máxima producción de carbón, con el único método de exprimir al máximo el trabajo de los mineros, se sumaban las constantes amenazas represivas de las fuerzas policiales y de los elementos paramilitares, como revulsivos que originaron la organización defensiva de los mineros comprometidos de izquierdas. Hasta bien entrada la década de los cincuenta, las «contrapartidas» rastreaban los montes de Asturias y suponían una amenaza permanente para los miembros de las organizaciones clandestinas. Eran grupos paramilitares, fundamentalmente integrados por falangistas, que tenían como misión la erradicación de las bandas

¹¹ Marcelo García Suárez aporta estos datos relativos a 1948, aunque las proporciones de los costes de vida y salarios se mantuvieron en la década de los cincuenta. Entrevista a Marcelo García Suárez, Gijón, 29 de abril de 2007.

¹² GARCÍA PIÑEIRO, R.: *Op. Cit.*, pp. 44-45.

¹³ Entrevista a Francisco Rocés Fernández, El Entrego, 3 de junio de 2007.

guerrilleras. Pero a la altura de los años cincuenta, cuando la resistencia en el monte era puramente testimonial, las «contrapartidas» continuaban actuando, a veces incluso financiadas por el régimen¹⁴, empleadas ahora en la erradicación de elementos de la clandestinidad y, sobre todo, en el mantenimiento de un régimen de terror que impidiera el sentimiento de seguridad necesario para el desarrollo de cualquier actividad de tipo político. También en la mina los falangistas exhibían un halo de poder permitido por las autoridades, de manera que, en ocasiones, solucionaban sus problemas laborales o personales haciendo valer su condición de falangistas. Falange continuaba ejerciendo su papel represor, aunque, sin duda, en este terreno los verdaderos especialistas eran los miembros de la Guardia Civil.

Los controles de la Guardia Civil eran constantes en las inmediaciones de los centros de trabajo y en ellos los trabajadores eran interrogados por los horarios, las causas de estar fuera de casa a altas horas de la mañana o los motivos de que hubiera reuniones de varias personas. Como relata Marcelo García Suárez:

«Para meterte miedo, de vez en cuando salía la Guardia Civil a ponerte el fusil en el pecho. [...] Un amigo mío, que había venido conmigo a la escuela y se llamaba Vicente, discutió con un falangista que era vigilante. Llegaron a amenazarse y Vicente le dijo: 'Si tú tienes pistola, yo también la tengo'. Por decir eso, la brigadilla de la Guardia Civil lo hizo desaparecer. A los tres días llegaron a la boca del pozo con una furgoneta. Dijeron: 'Que se escapa, que se escapa'. Estábamos quinientos esperando para entrar a trabajar y a las 8 de la mañana fue el tiroteo. Lo mataron delante de nosotros. Hacían escarmientos»¹⁵.

LOS SOCIALISTAS ANTE EL SINDICATO VERTICAL

En diciembre de 1940, la Ley de Bases de la Organización Sindical establecía las líneas fundamentales del orden sindical que se había venido gestando desde 1938 en el territorio dominado por el ejército de Franco. Desde sus comienzos, la Organización Sindical Española, que pasaría a ser conocida como Sindicato Vertical, fue un monopolio de Falange. A pesar de los múltiples cometidos que la filosofía de la ley atribuía al Sindicato —de índole económica, social y asistencial— su funcionamiento empresarial como organismo para la resolución de conflictos laborales tuvo un escaso éxito entre los mineros asturianos. En 1942 se había creado la figura del enlace sindical y el 22 de octubre de 1944 se efectuaron las primeras elecciones para la provisión de enlaces sindicales¹⁶. El Decreto de 18 de

¹⁴ Muchos mineros adeptos al Movimiento participaron en las expediciones de las contrapartidas, fundamentalmente los de filiación falangista. En numerosas ocasiones, estos mineros percibieron sus sueldos completos pese a no haber asistido al trabajo, ya que la patronal minera estaba obligada a satisfacer los salarios íntegros de los que justificaran su participación en las actividades antiguerrilleras. GARCÍA PIÑEIRO, R.: *Op. Cit.*, p. 196.

¹⁵ Entrevista a Marcelo García Suárez, Gijón, 29 de abril de 2007.

¹⁶ BENITO DEL POZO, C.: *La clase obrera asturiana durante el franquismo*, Madrid, Siglo XXI de España, 1993, p.149.

agosto de 1947 estipulaba la creación de los Jurados de Empresa que no se instituyeron en la práctica hasta 1953, cuando se estableció el Reglamento de Jurados de Empresa. En 1954 se realizaron las primeras elecciones a Jurados de Empresa.

En las primeras convocatorias, las elecciones sindicales en las minas asturianas apenas tuvieron significación. Los resultados, con una bajísima participación obrera, se limitaban a ratificar los candidatos propuestos por el Sindicato Vertical. Pero en 1954, confluyeron una serie de circunstancias que animaron la consulta electoral. Los socialistas tenían instrucciones de mantenerse alejados de la actividad sindical de las instituciones franquistas. Toulouse extendía la teoría de que la participación en los sindicatos verticales desvirtuaría la esencia de la filosofía socialista que los más puristas de la ejecutiva socialista trataban de mantener desde la lejanía del exilio. Pero en las minas asturianas los conflictos iban más allá de la teoría, y durante los años que pasaron desde la primera a la segunda convocatoria electoral de Jurados de Empresa, en 1957, muchos socialistas habían decidido aprovechar los resquicios de participación que les dejaba el régimen. Los comunistas, por el contrario, tenían la máxima, extendida por su Comité Central, de practicar abiertamente el «entrismo» y consideraban que introducirse en los organismos franquistas les daría alguna posibilidad de luchar por las mejoras laborales, les situaría en una situación menos peligrosa y, a la larga, posibilitaría que fueran líderes reconocidos por la comunidad laboral.

En las elecciones de 1957, una intensa campaña de la Organización Sindical y otros factores externos, como la intención del PCE de utilizar el resorte sindical para conseguir un avance laboral y político, propiciaron un aumento significativo de la participación: en algunos lugares, como Bimenes, la participación llegó a un 67,3%¹⁷. Sin datos estadísticos suficientes para señalar hasta qué punto los asturianos siguieron las directrices emanadas de Toulouse, que prácticamente prohibían la participación en la consulta electoral, sabemos que en 1957 bastantes socialistas desobedecieron la consigna del partido y presentaron su candidatura como enlaces sindicales. Rufino Montes, uno de los líderes que conducía la ejecutiva, presentó su candidatura y recibió el 51,8% de los votos de su grupo¹⁸. Marcelo García Suárez, hijo del histórico Alfredo García, se incorporó también en ese momento a la pugna electoral y relata así su experiencia:

«Salió una ley que se llamaba Ley de Jurados de Empresa. Creo que el régimen se vio obligado por la situación en Europa. Hubo presión. Tenían que ser elegidos, no nombrados, sino elegidos por los trabajadores. Había que elegir un jurado de empresa en La Camocha y empezaron a decir los compañeros que tenía que salir yo.

Yo me afilié en 1957 al Sindicato Minero y al PSOE. [...] Cuando fueron las elecciones, me presenté. Me dijeron en el Sindicato Minero que no eran partidarios,

¹⁷ GARCÍA PIÑEIRO, R.: Op. Cit, p. 153.

¹⁸ Ídem.

pero yo no hice caso. Mis compañeros querían que me presentara y me presenté. Nadie me autorizó. Lo hice por mi cuenta porque yo siempre fui así»¹⁹.

Muchos afiliados al PSOE estaban convencidos de que la participación suponía, como esgrimían los dirigentes desde el exilio, una colaboración con el régimen que no aportaría nada al movimiento obrero. Pero existía un sector importante que, pese a acatar las órdenes emanadas por la ejecutiva, consideraba entonces y aún considera que esa decisión supuso un importante error estratégico que tendría consecuencias en el futuro. Así lo señala Avelino Pérez Fernández, que tomaría las riendas de la ejecutiva socialista en 1957 y completaría una carrera política con importantes cargos en la Transición como los de diputado nacional, diputado regional, secretario de la UGT en Asturias y concejal del Ayuntamiento de Langreo:

«Si tenías una reclamación, ibas al Sindicato Vertical y salías castigado. Eso me ha pasado a mí. Llegabas al Sindicato Vertical, al delegado comarcal en Sama, y cuando volvías a la empresa te encontrabas una sanción por haber ido a hacer la reclamación. [...] El Sindicato Vertical era una influencia prolongada de la dirección de la empresa. Estaba al servicio de la empresa.

Teníamos prohibido entrar como jurados de empresa. Algunos entraron y yo no lo reprocho porque creo que cometimos un error. La tesis de la dirección del partido en el exilio era que 'la infiltración contamina' y 'con el régimen, nada'. Pero no todo el mundo salió contaminado. Hubo gente que estuvo e hicieron algo bueno. Otros no podían hacerlo y lo dejaron. Hubo socialistas que dieron el portazo y dijeron que allí no pintaban nada. [...]

Yo insisto en que se cometió un error estratégico porque después tuvimos que trabajar a marchas forzadas para sacar a la UGT adelante. Si hubiésemos hecho cierta infiltración en el Sindicato Vertical, hubiésemos tenido gente mucho más conocida, como hicieron los comunistas con CC.OO. Yo ya lo pensaba entonces. Llegué al exilio con esa mentalidad: había que romper y boicotear al régimen desde dentro»²⁰.

Mayoritariamente, aquellos socialistas que habían actuado conforme a su particular criterio, fueron abandonando, poco a poco, la lucha en el interior de la Organización Sindical. Por diversos motivos, la táctica del «entrismo» no funcionó para los socialistas. En general, se sintieron defraudados por la imposibilidad de resquebrajar la resistencia empresarial y por llegar a la evidencia de que las únicas ventajas que podían conseguir eran a título particular, renunciando a la representatividad que ellos pretendían obtener.

En la antesala de las huelgas mineras que supusieron el comienzo de la protesta obrera en España, los socialistas seguían empeñados en la reconstrucción de su sindicato. El SOMA comenzó a trabajar a marchas forzadas para atender a los huelguistas que sufrieron las consecuencias represivas de la lucha sindical y para conseguir que aquellos primeros pasos fueran el inicio de una nueva andadura.

¹⁹ Entrevista a Marcelo García Suárez, Gijón, 29 de abril de 2007

²⁰ Entrevista a Avelino Pérez Fernández, Los Alcázares, 19 de mayo de 2007.

NUEVA EJECUTIVA FRENTE AL DESAFÍO DE LAS HUELGAS

La primera huelga de importancia que se produjo en la cuenca minera estalló en el Pozo María Luisa en marzo de 1957. De un modo espontáneo, como consecuencia de una bajada real del precio del salario a destajo, los mineros comenzaron a trabajar a bajo rendimiento. La protesta comenzó en la rampa en la que trabajaba Francisco Rocés:

«Nos pusimos a bajo rendimiento. De un día para otro bajó un 50% la producción de carbón. [...] Vino el capataz y dijo: 'Quiero saber lo que pasa aquí. Yo vine aquí en el 24-25 y hubo huelgas, hubo revolución, la guerra. Pero nunca pasó lo que pasa ahora. De un día para otro bajó la producción'. Nadie contestó. Y contesté yo. 'Aquí no ocurre nada más que no tiene precio el testero, para trabajar a destajo'. [...] Empezamos a bajar el rendimiento en otras ramplas. Pero no sé que pasó en una rampla que cogieron a dieciséis o diecisiete y los llevaron a Oviedo presos. [...] Entonces decidimos quedarnos allá encerrados²¹».

Con los encierros consiguieron la liberación de los mineros detenidos y la subida del precio del destajo. Pero la situación volvió a complicarse con una nueva detención que motivó la reanudación de los encierros. Más de setenta horas de encierro, la militarización del pozo y varias detenciones con penas efectivas de cárcel fueron la consecuencia del primer movimiento huelguístico de calado en Asturias.

La huelga de marzo de 1958, casi calcada en su estructura, volvió a surgir en el Pozo María Luisa con un bajo rendimiento, seguido de nuevo por un encierro. La parada productiva se extendió a más de diez mil mineros de toda la cuenca del Nalón y de la Camocha en Gijón. El pozo Fondón, Santa Eulalia, Sotón, Modesta, Llastocares y La Camocha se unieron a la protesta²². Comunistas y socialistas apoyaron la protesta pero los métodos diferían sustancialmente. Los socialistas no querían llevar los encierros más allá de lo estrictamente necesario porque consideraban estéril sacrificar a los trabajadores. No todos los trabajadores estaban dispuestos a sufrir condiciones tan duras sin alguna garantía.

Los socialistas eran partidarios de no llevar la presión sobre los trabajadores a límites insostenibles, mientras los comunistas trataban de ir un paso más allá para conseguir la respuesta obrera. En 1958, al contrario de lo sucedido en 1957, los comunistas habían recibido consignas de su comité central para tratar de liderar la protesta. En La Camocha surgió ese mismo año la primera comisión obrera²³. Se trataba de una comisión, elegida por los trabajadores, que tenía la misión de negociar cuestiones puntuales. Las reivindicaciones salariales no solían ser las más frecuentes. Lo eran las peticiones sobre las mejoras en las casas de aseo, en el agua caliente, en los turnos. Los representantes de la comisión negociaban con

²¹ Entrevista a Francisco Rocés, *El Entrego*, 3 de junio de 2007.

²² SACALUGA, J. A.: *Op. Cit.*, p. 126

²³ FÜHRER, I. M.: *Los sindicatos en España. De la lucha de clases a las estrategias de cooperación*, Madrid, Consejo Económico y Social, 1996, p. 72.

la jefatura, conseguían sus demandas y finalmente se disolvían. Pero, a la larga, este instrumento se convirtió en el germen de las futuras CC.OO. por el peso específico que supuso la entrada progresiva y masiva en él de los comunistas.

En las huelgas de 1957 y 1958 se produjo la coincidencia de una serie de puntos de vista hasta entonces radicalmente encontrados. Los curas obreros, que bajaban en las empresas mineras efectuando labores no extractivas, trataron de reclutar a los mineros para la Hermandad de Obreros de Acción Católica (HOAC) y para las Juventudes de Obreros Católicos (JOC). Ambas organizaciones dieron su apoyo sin reservas a las protestas de finales de los años cincuenta y participaron en la consolidación de las comisiones obreras, asumiendo el protagonismo dentro de ellas durante estos primeros años, aunque ese protagonismo le iría siendo progresivamente arrebatado por la introducción de los comunistas.

En 1958, finalizadas las huelgas de marzo, se produjo el gran relevo generacional dentro de la organización clandestina socialista, auspiciado por el vacío de poder que provocó la redada de grandes dimensiones de ese año. La primera detención de importancia la sufrió Rufino Montes, quien protagonizó una huida de su propio domicilio que se convirtió en una hazaña mítica para sus compañeros, marchando posteriormente al exilio mexicano. En noviembre, la redada, de ámbito nacional, dejó a la organización socialista en Asturias en el más absoluto vacío de poder. Antonio Amat fue el primer detenido en Madrid. Hubo detenciones en Sevilla, Córdoba y Barcelona. En Asturias cayó la práctica totalidad de los dirigentes clandestinos: Genaro Fernández, Fernando Cabal, Emilio Llaneza, Amalio Álvarez, Manuel Peláez, Julio Castaño, Pepe Llagos y Vicente Fernández Iglesias entre otros²⁴. De la redada sólo escapó uno de los hombres recientemente comprometidos, Herminio Álvarez, que consiguió fraguar un relevo forzado por las circunstancias.

En esa nueva etapa, que puede considerarse clave en la reorganización, tres hombres asumieron la dirección: Herminio Álvarez, Prudencio Madalena y Avelino Pérez. Nuevos compañeros muy jóvenes como Eduardo Biesca, Emilio Barbón, Arcadio García Suárez, Marcelo García Suárez, Francisco Rocés y José Luis Fernández Rocés asumieron tareas dentro de la organización clandestina²⁵.

Al relevo generacional dentro del socialismo se sumó el nuevo clima antifranquista al que habían derivado, como apuntamos antes, una serie de organizaciones hasta entonces no vinculadas entre sí: la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) había recalado en España, representada en la figura del jefe del departamento latinoamericano, Horne, tratando de apuntar algunas correcciones en la estructura sindical socialista; las organizaciones católicas (HOAC-JOC) prestaban su apoyo decidido a las acciones que tenían por misión transformar la dinámica social del franquismo; los comunistas entraban con

²⁴ Memorias inéditas de Pepe Llagos.

²⁵ Entrevista a Avelino Pérez, Los Alcázares, 19 de mayo de 2007.

fuerza en los organismos sindicales oficiales y comenzaban a apoderarse de un instrumento sindical que, a la larga, resultaría extremadamente valioso: las comisiones obreras; e intelectuales y estudiantes habían planteado su primer pulso al franquismo. En suma, se caminaba decididamente hacia las consignas de la Reconciliación Nacional entre todos los integrantes de una generación en la clandestinidad que no había vivido la Guerra Civil.

Los nuevos hombres en la ejecutiva trajeron también nuevos aires. Es posible considerar que hubo un aumento de la ambigüedad en las relaciones con Toulouse que, a pesar de continuar siendo la «reserva espiritual» del socialismo, tenía escaso conocimiento de las necesidades de la clandestinidad. Las principales divergencias surgían en torno a la necesidad que planteaban los militantes del interior de colaborar con los comunistas. «Si no colaboraba con los comunistas, me tenía que ir a mi casa, porque ellos estaban en todos sitios», apunta Avelino Pérez²⁶. A pesar de las instrucciones de Toulouse, los asturianos continuaron su particular proceso de renovación que incluía la nueva relación con los comunistas, la atracción de nuevos partidarios, especialmente en zonas tradicionalmente no vinculadas a la influencia socialista, la recaudación responsable de las cuotas del SOMA y su reparto racional para hacer frente a las incidencias de los afiliados, la gradación de los miembros de la organización en militantes, responsables de pozo, sector, pueblo y zona²⁷, y la mejora en las labores de propaganda. Trataron de extender las relaciones con otras zonas de España, y ampliaron la ya clásica relación con los socialistas del País Vasco. La nueva ejecutiva coordinaba cursos de acción sindical que se impartían en Francia, extremando los contactos con el exterior. En suma, se produjo una renovación en profundidad de los hábitos y las estructuras de la clandestinidad que revirtió en un nuevo escenario político.

Ciertamente, la redada que se produjo en 1960 descabezó nuevamente la organización socialista, con la detención de sus más destacados dirigentes, entre ellos los tres componentes de la ejecutiva, Herminio Álvarez, Prudencio Madalena y Avelino Pérez. Los encarcelamientos y los exilios forzados no se detuvieron. Pero, uno tras otro, nuevos grupos de jóvenes socialistas se relevaron dispuestos a asumir los vacíos de poder que dejaban las detenciones y las huidas de España. La década de los cincuenta había comenzado contemplando una organización socialista arrasada por la marcha de los guerrilleros y terminaba con la actuación potente de un sindicato que había plantado cara al régimen y un partido político cada vez con más representación en Asturias y más relaciones con otras regiones españolas. Quedaban aspectos relevantes por solucionar, como la naturaleza de las conexiones con la ejecutiva de Toulouse, pero los grandes ensayos huelguísticos de finales de los cincuenta, que tuvieron un apoyo masivo por parte de la minería en Asturias, posibilitaron que, desde el año 1957 todas las organizaciones anti-franquistas se prepararan para una estudiada y premeditada gran huelga que es-

²⁶ Entrevista a Avelino Pérez, Los Alcázares, 19 de mayo de 2007.

²⁷ SACALUGA, J. A.: Op. Cit., p. 139.

talló finalmente en 1962, favorecida por las pésimas condiciones laborales de la minería. Los socialistas se volcaron en su preparación. La huelga de 1962, que los mineros asturianos consiguieron extender a otras zonas de España, en conexión con sucesos de calado internacional como el «contubernio» de Munich, puso en entredicho la credibilidad internacional del régimen. La transformación en las organizaciones obreras que había hecho posible las huelgas de 1962 se había logrado con la ayuda de los precedentes huelguísticos a finales de los cincuenta en Asturias. La maduración psicológica y organizativa de la clandestinidad que se había producido en aquellos espontáneos ensayos otorgó unas capacidades organizativas y emprendedoras nuevas a la clase obrera y, por primera vez, en palabras del militante socialista Avelino Pérez, los opositores del régimen tuvieron un pensamiento unánime que se resumía en una única palabra: «Podemos».